



A R E A
D E L
L E N G U A J E

LENGUAJE Y ESCLAVITUD

(Ejercicio de motivación) (*)

Por EMILIO ANTERO SANTOS
Catedrático del Instituto
«Pío Baroja», de Irún.

DESEO comenzar de una manera irregular:

MACBETH: ... *Wherefore was that cry?*

SEYTON: *The queen, my lord, is dead.*

MACBETH: *She should have died hereafter;*

... ..

... .. *Out, out, brief candle!*

Lif's but a walking shadow, a poor player

That struts and frets his hour upon the stage,

And then is heard no more; it is a tale

Told by an idiot, full of sound and fury,

Signifying nothing.

(Macbeth, Act. V, scene 5).

¿Es alemán, danés o chino? Por razones obvias, todos deducimos que se trata de inglés. Y, sin embargo, mirando ese conjunto fónico como contenido incógnito, poco importa que pertenezca al inglés, al alemán o alguna lengua africana. Es simplemente no-español. No realidad, o quizás realidad subcero;

(*) Lección inaugural de curso en el Instituto Nacional de Enseñanza Media "Pío Baroja", de Irún (Guipúzcoa).

entidad resistente. Y, a pesar de todo, esos sonidos son objetivamente tan sumisos y doblegados como estos otros:

MACBETH: ... *¿Qué significa ese grito?*

SEYTON: *Señor; la reina ha muerto.*

MACBETH: *Debiera haber muerto en otra ocasión;*

... ..

... .. *¡Apágate, apágate; minúsculo cirio!*

*La vida no es más que una sombra vagante, un pobre titiritero
Que piruetea y se desgañita un rato sobre las tablas,
Y luego no se le vuelve a ver más; es una historia
Contada por un anormal, llena de sonoridad y babas,
Con significado nulo.*

Ahí tenemos; la misma realidad expresada en dos claves. ¿Somos realmente nosotros los altivos amos de las palabras, o son ellas— esas claves secundaria— las que nos enclaustran? Sobre este punto-tema de estas cuartillas volveré en amplio desarrollo más adelante.

Primero, vamos a observar el fenómeno humano que llamamos **lenguaje**. ¿Es el lenguaje, nada más, una sarta de notaciones en cifra, herida a trozos por pequeños signos de tono menor y aspecto de bacilos con carácter diacrítico? ¿O es, más bien, una sucesión fónica, generada primordialmente en la cavidad bucal de los humanos?

El dedo pulgar y la lengua, creen muchos, son los pequeños demonios insertos en el hombre que han hecho posible el Progreso. Pero, aun con garras o pezuñas en lugar de manos, el hombre habría forjado un proceso, probablemente diverso del actual pero tan potente.

En cuanto a la lengua... Lengua y manos prensibles poseen también las otras especies de primates y no desarrollan avance técnico alguno. Tanto la lengua como el pulgar comportan sencillamente la mansedumbre de los meros objetivos instrumentales. ¿A qué se debe, pues, esa intemporal identificación del órgano lengua con el fenómeno lingüístico y que transforma en ambivalente tanto γλῶσσα en griego, como «lingua» en latín y «lengua» en castellano? En otras palabras, ¿qué es lenguaje y qué papel desempeña la lengua en su ejecución?

Substancialmente, el lenguaje es comunicación fónica. Distingamos:

a. En un primer intento de comunicación —y en obediencia exclusivamente al complejo psico-motor del cuerpo— la lengua, la laringe y órganos anejos realizan básicamente los mismos movimientos funcionales en el hombre que en los simios. Es el estadio del grito. Estadio irracional, primitivo, inarticulado. Cuando un chillido radical de la hembra al macho es la alarma neuronal al descubrir el tigre a tres pasos. Todavía en comunidades arcaicas, agrarias o pastoriles, puede observarse en multitud de ocasiones diarias este tipo de reacciones prerracionales en la gente. Fase, en suma, en que lo fónico va enlazado ordinariamente a acusado despliegue motor y, por su característica prerracional, con más alta incidencia en las mujeres que en los hombres.

b. Pero el hombre porta una capacidad intuyente, creante. Es capaz de abstraer. Y es entonces cuando el cerebro rompe lengua abajo y crea la clave fónica, cuando ocurre el alumbramiento del lenguaje propiamente dicho. Al no tener la abstracción existencia espacio-temporal, concreta, el hombre debe ingeniar una cifra fónica instrumental para asegurar contacto comunicativo con sus semejantes; cifra que, irremediabilmente, habrá de ser puramente convencional, excepto en el caso de la onomatopeya —el nivel elemental de la abstracción— en que, como ejemplos, se llama al perro «guau-guau», al coche «po-po», etc.

c. Todavía queda otra forma de lenguaje que no es sino variedad de la acabada de describir. Habíamos enunciado más atrás que el lenguaje era comunicación fónica, o mejor, comunicación sobre sustrato lingüístico. ¿Qué comunicación puede haber, entonces, cuando no exista receptor? Me refiero a situaciones tales como la escritura, el monólogo, etc.

En el caso de la escritura, no existe realmente problema; el parlante —escritor más bien— posee un oyente en diferido. Eso es todo.

Respecto al monólogo, como respecto al raciocinio —¿por qué hemos de hablar cuando pensamos?— precisamos volver a nuestro estadio primario.

Veamos:

El hombre requirió una clave para apresar sus abstracciones. Y estos instrumentos —en un quehacer secular— apresarán a su vez al hombre. (Otra vez vuelve a apuntar aquí el vasallaje entre hombre y lenguaje). Y ahora nos vemos condicionados por la cuadrícula prosaica de nuestra propia invención. No podemos pensar sin hablar; o con mayor rigor, no podemos pensar sin lenguaje. Por eso, cuando monologamos, dialogamos con nuestro yo desdoblado. Pero, en fin, éste es punto que nos introduciría ya en el campo de la Psicología o, más concretamente, quizás de las neurosis.

Junto al **lenguaje-comunicación** —con su modalidad triple— que acabamos de exponer existe el **lenguaje-escape**. No siempre se escribe o se habla o se grita —el canto pudiera también considerarse dentro de la categoría del grito— por imperativos de comunicación; como no siempre se baila cuando hay pareja. La presión —entiéndase opresión— psicomental, e incluso la endocrina, requieren una válvula que opere antes de remontarse el organismo a una situación límite. El lenguaje en este caso gira 180 grados y se transforma en lenguaje-escape.

Esto es, pues, el lenguaje: un producto de hombre. Producto que —sí; digámoslo ya— con el dedo pulgar en oposición haciendo de la mano una tenaza, pudo crear y poner en moción la máquina musculoide del progreso. Sin lenguaje, que quiere decir sin comunicación, cada clan familiar y cada individuo debió haber comenzado desde el momento uno, repetida, terca, frustradoramente, para caer muerto sobre las cenizas del padre.

Gracias a la capacidad comunicativa, edificamos sobre los hallazgos previos y elaboramos para los que han de venir. Si en este umbral del espacio astral, este punto del Cosmos llamado 1970, nos sentimos frustrados ante lo que no veremos, pensemos en todos esos billones de hombres incógnitos que tuvieron parte en nuestro «status» presente. Ellos también sufrieron nuestra enfermedad, la enfermedad sustantiva del hombre, la enfermedad de futuro.

Mas, ante el aparente optimismo respecto al lenguaje de cuanto antecede, cabe preguntar: ¿se adecua el lenguaje a las exigencias totales del hombre? La respuesta es «no», categórica. El hombre desborda al sistema. Y de ahí los casos de frustrados históricos —Rimbaud es uno— que reniegan del lenguaje como de máquina cascada y lo desechan junto a una pared. En tal situación, o se revierten al nivel primario de lo inarticulado, o se busca refugio en el silencio. La trayectoria histórica o quizás más bien vital— del lenguaje quedaría, según eso, dispuesta así:

nivel uno: el del grito, nivel bruto. Lo inarticulado.
 nivel dos: nivel elemental de abstracción. La onomatopeya.
 nivel tres: nivel de la palabra. Lenguaje propiamente dicho. Y
 nivel cuatro: el silencio, el nivel más alto de abstracción. Nueva inarticulación.

O, desarrollando esto mismo con diferente fórmula, podremos definir el lenguaje con un proceso de lo prerracional a lo racional y de ahí a lo pararracional.

Y ahora entramos a tratar un nuevo aspecto del lenguaje.

Hemos hecho la aseveración negativa de la impotencia del lenguaje frente al hombre total. Por lo menos hasta hoy. El lenguaje, pues, no limita. Vislumbramos en ello un problema de contingencia. ¿Es el lenguaje esclavo del hombre o acaso lo es éste de aquél? ¿A quién pertenece la doma?

El Dr. S. I. Hayakawa tiene un libro titulado «El lenguaje en el pensar y en el actuar». Si leísteis la prensa el curso pasado recordaréis que este pequeño profesor americano-japonés, nacido en Canadá, adquirió súbita actualidad al ser nombrado Presidente vitalicio del San Francisco State College, a raíz de su éxito en el sofocamiento de los incidentes de aquel «campus».

El subtítulo del libro era más sugestivo aún: «Cómo los hombres utilizan las palabras y cómo las palabras utilizan a los hombres». Mi paráfrasis inicial, previa a la lectura del texto, interpretó el subtítulo como la problemática de este sorprendido ser llamado hombre, enmarañado en su propia red. El, ante las cosas blancas, el primer día del mundo —era el limbo—, tenía miles, millones, billones de palabras, como gaviotas, que asignar a cada cosa. Lo que tenía enfrente podía llamarlo «orta», «pula», «tel», «mar», «diro», «macu». Incluso «mol». Era libre de elegir la que más le apeteciera. Era feliz en su libertad. Pero eligió «mar», y se encontró con sólo una gaviota muerta en las manos. Ocurrió la tristeza de siempre. La tragedia, «la angustia de la elección» de Kierkegaard.

Mas, el profesor Hayakawa, siendo semanticista, miraba el hecho como problema de Semántica: el hecho lingüístico de los hombres confundiendo niveles de abstracción en las palabras, tergiversando sus significados, por un lado, y la Semántica, o sea, esos mismos significados ya deformados actuando, de vuelta, sobre los hombres, por otro.

Se observa en todo esto un cierto conflicto de esclavitud, hincado en el centro de la función hombre-lenguaje.

El hecho de la interacción entre hombre y palabra —he dicho interacción: descarga recíproca de energía— debe ser la de un agente y un paciente, la de lo masculino y lo femenino; en resumen, materia de supremacía y docilidad.

No ha ocurrido así hasta ahora; de ahí que se observen en estas interacciones dos tipos de esclavitud.

1. **Esclavitud primitiva o mágica.** Una vez «selladas» las cosas, nos hacemos serviles de los nombres. Y éstos crecen, y se desproporcionan, e incluso inyectan en los hombres un virus idólatra que les hace divinizar la Palabra.

2. La otra **esclavitud** podríamos apodararla **cultural**. Por hablar una lengua dada, nos vemos compelidos a sentir y a pensar de acuerdo a los criterios culturales que la sostienen. Tales criterios son como el plancton de una cultura. Se absorben celularmente desde que se nace. Pensamos y nos conducimos a lo occidental porque nacimos a este lado del globo. Y lo oriental tendemos a tacharlo de espúreo, de algo que... «no es lo mismo»; tendencia que acusa, si bien de forma mínima y velada, una cierta actitud de rechazo.

El daño que pueden ocasionar estas dos particularidades de esclavitud lingüística es colosal, colosalmente patético. Máxime la segunda, ya que una esclavitud absolutamente mágica y de tono permanente sólo es propia de artistas e individuos hipersensibles, por demás inocuos. El sometimiento —inconsciente es de suponer puesto que de ser consciente devendría caso psicoterápico— a esa esclavitud cultural nos ha incapacitado a ver a «los otros», a adquirir perspectiva vital, a medrar en visión y moción humanas; nos ha atrofiado en enanos intolerantes, nos ha hecho incomprensivos y ha sido tal obtuso error de postura la razón del mayor número de guerras. Y no se trata aquí de inculpar a un grupo humano alguno en particular. «El que esté sin pecado...» Es —y esperamos que tal «es» se invierta en pretérito alguna vez— un fenómeno lingüístico-social de amplitud universal. A modo de inciso, puedo decir —y perdóneseme la inmoralidad de esta generalización— que con cuantos conglomerados sociales me ha tocado vivir, es el español, aquí en España, al que veo más cercano en su actitud a lo humano. Con patrón senequista tal vez, pero aún auténtico. Tal fue la razón motriz y vital que arrastraba a Hemingway a nuestra tierra parda cada año.

El profesor Hayakawa explica este mismo fenómeno de pecado lingüístico que aquí llamamos **esclavitud** basándose en la distinción ya clásica en Semántica entre **denotación** (proyección meramente informativa de la palabra) y **connotación** (comportamiento o arrastre afectivo de la misma). Con mayor rigor científico, él distingue entre **denotación** o significado extensional, referido a cosas, y **connotación** o significado intensional, referido a ideas, conceptos, vida sentimental. Las connotaciones intensionales a su vez ofrecen un claro tono **informativo o afectivo**.

Un error de interpretación en estas tres categorías —denotaciones, connotaciones intensionales informativas y connotaciones intensionales afectivas— es lo que provoca el desastre semántico que revierte por su lado en catástrofe social de mayor o menor grado.

Empleando el sistema enumerativo de Korzybski, reduciremos estos conceptos a estructura matemática. $Judío_1 \neq Judío_2 \neq Judío_3$, etc. $Judío_1$ se asienta en el primer nivel de abstracción y tiene carácter meramente extensional, sin implicaciones sentimentales de tipo alguno. Equivale a la definición escueta: individuo de una raza originaria de la bíblica Judea. Nos hallamos en la descripción lineal, fría.

Pero, al ascender un nivel de abstracción más, penetramos en la zona cálida de carácter afectivo. En nuestra secular Cultura Cristiana, $Judío_2$ im-

plicaba un individuo vitando, portador de un anatema divino. A Judío₂ se sumaba nueva abstracción, Judío₃, nueva recriminación, hombre avaro, astuto y enigmático, verdadera amenaza social y, por tanto, reprobable. Ezequiel Andana, recién llegado a la Aldea, es estigmatizado apriorísticamente, excluido socialmente y, al cabo de dos años, ha de emigrar a otro sitio. Es la otra cara en la leyenda del judío errante.

Nos movemos, repito, en la zona tórrida del πάθος más aún, de la adrenalina. Y en ella, poco nos importa que exista la acepción Judío₁. Ahora nos explicamos que el Prof. Hayakawa haya dicho que el «significado no está en las palabras, está en **nosotros**».

Al violentar de este modo la máquina lingüística, atropellando sin escrúpulo el estado₁ informativo, la máquina, a su vez, reacciona callada, brutalmente contra el hombre, adulterando su pensar y condicionando su sentir. Todo está justificado en nombre de la cultura (con minúscula). Es ella la diosa que condena las inmoralidades más monstruosas e inconcebibles. La diosa que jamás se equivoca, aún cuando se torne antropófaga, y que hace a sus adeptos intransigentes y dogmáticos.

Para estos hombres-tanque no hay más que acero. La solución es siempre **una**.

Para ellos, Japonés₁ deviene Japonés₂, dolorosa actitud que el mismo Prof. Hayakawa tuvo que sufrir en propia carne en los Estados Unidos de la II Guerra Mundial. Japonés₂ se identificaba como el enemigo.

Para ellos —otros ellos— Negro₁ significa Negro₂, con todo el lastre y suciedad emotiva del racismo.

Católico₁ equivale a Católico₂, o sea, a sentimiento de repulsión y asco. Aversión endocrina al contacto, a la contaminación. (Repárese, si no, en la situación actual de Irlanda del Norte; situación que ya se hacía prever cuando hace nueve años me tocó vivir allí.)

En todos los casos precedentes existe fundamentalmente el mismo proceso que en el ofrecido por el «New York Post». Samuel Ríos, al tomar una esquina, roza con su coche otro aparcado. Encolerizado, baja del suyo, extrae el gato y ciego se lanza sobre el otro automóvil, dejándole destrozado e inservible. O, igualmente, cuando se nos cae un espejo y le lanzamos un exabrupto. «Tal conducta implica una confusión de lo que está dentro de nuestro cerebro (abstracción), con lo que está fuera». (Hayakawa). Es una metamorfosis regresiva, podríamos añadir nosotros, de todos los Términos T₂, T₃, T₄, etc., el Término₁.

En los ejemplos de carácter social citados se desecha el Término de Hombre₁, universal, miguelangelesco, para atender exclusivamente a peculiaridades —unas veces supra y otras infravaloradas, según sea la disposición en la que se pronuncian afirmativa o negativamente, y siempre en desequilibrio— de hombre₂, hombre₃, hombre₄.

La proyección de ese mundo afectivo —sin sustrato informativo y, por lo mismo, generalmente violenta y rígida— al exterior viene frecuentemente marcada por efectos de dramatismo espeluznante. Recordemos las hordas del Ku Klux Klan linchando negros en los Estados Unidos del Sur; la intransigente actitud reprobatoria de la sociedad hacia el reo; los «chovinismos» nacionales, etc. En estos casos —como casi siempre— el comportamiento radi-

calista de tales grupos ocasionó un recrudecimiento aún más acre del conflicto.

Y, a consecuencia de todo ello, desde pequeños, hemos visto un mundo en que no hay nada entero; todo está dicotomizado: la derecha contra la izquierda —o, más procedente aún, la diestra contra la siniestra—, lo blanco contra lo negro la luz contra la oscuridad, el cerebro contra el corazón —Unamuno crucificado—, el alma contra el cuerpo, el cielo contra el infierno; en suma lo bueno contra lo malo, sin percatarnos de que los demijueces que somos nosotros en última instancia formamos parte también de esa dicotomía.

Según Korzybski, el fuerte sentido de «es» y «no es» en la estructura de las lenguas indoeuropeas constituye la causal principal de nuestra doble orientación hacia el Cosmos.

Y llego a las palabras finales ya.

No se ha tratado aquí de condenar la emotividad en el lenguaje. Knut Hamsun, el báltico con sentido religioso de la Tierra, dijo: «Uno ha de conocer y reconocer no meramente el potencial directo de la palabra, sino también el secreto.»

La emoción ha sido el vientre de lo artístico. Lo malo —rectifico, lo peligroso— es valerse de lo afectivo pretiriendo lo informativo. La solución gravita en esa consciencia del Término, en la escala de abstracciones.

El lenguaje nació como instrumento humano de comunicación. No permitamos, pues, que se nos convierta en máquina enemiga. La civilización occidental aún no se ha repuesto del impacto psíquico que le produjo el nacimiento de la máquina. Y en bastante medida todavía se advierte una especie de antagonismo, de inconfesable complejo de inferioridad entre el Hombre y la Máquina. El computador —es robot— ha supuesto nuevo paso de la máquina de lo inanimado a lo animado.

El «monstruo», como se le llama —adviértase ya la nomenclatura anímica— es visto como algo amenazante, superior al hombre. América del Norte tiene una diosa y esa diosa es la Bomba. Y sabed que siempre o casi siempre que se escribe esta palabra se hace con letra mayúscula.

El Dr. B. Gallagher, expresidente del City College of New York, revela, refiriéndose a la actual situación estudiantil de USA, que los hijos de esta generación actual, los que crecieron a la sombra de la Bomba desde la infancia, hoy, que ya son universitarios, viven en expectación de apocalipsis.

Esta psicosis irracional deberá ser vencida en el futuro. El hombre es amo de sus utensilios y perder esa conciencia es comenzar a transformarnos en esclavos del Computador, de la Energía-maestra, del Lenguaje y de cuantos artificios haya fraguado; extremo que está a punto de suceder en ese tremendo largometraje de Stanley Kubrick titulado «Odysée 2001».

Necesitamos reflexionar más sobre nosotros mismos y los hechos, como camino de adquisición de consciencia.

Os quejáis, no sin razón como reconoce el «Libro Blanco», del exceso de asignaturas en el Bachillerato. Sin embargo, cada una os abre áreas al conocimiento.

Todos, por otro lado, habéis elegido un idioma. Aunque en una u otra medida con todos ellos, con el inglés concretamente tenéis el medio prácticamente universal de comunicación humana. Sin riesgo de sonar exagerado,

podemos decir que el inglés, como nuestro idioma, el español, os abre, queridos alumnos, el globo.

El lenguaje es comunicación en tono mayor. El idioma es comunicación espacio temporal. En el Instituto os ofrecemos ese instrumento. De vosotros depende su utilización posterior. Con él adquiriréis visión de otras culturas. Y, como necesitáis dos ojos para percibir la realidad tridimensional, vivencias polares de otras latitudes os darán perspectiva vital.

Si a esto añadís la honradez por aceptar **en todas circunstancias** el Término de las cosas —la consciencia del mismo— os sentiréis mentalmente flexibles en el futuro y lograréis un equilibrio intelectual, emocional y humano de los que son realmente sabios. Habréis superado el trauma. Os veréis, a la postre, articulados en el Cosmos, y éste, articulado a través vuestro, que es la felicidad más sacra a que puede aspirar en este momento el Hombre.

Y tened en cuenta, como tantos pensadores, orientales y occidentales, han reconocido, que aún cuando más sabio sea el hombre, se trate de Arte, Ciencia, Política o Religión, tanto más receptivo y menos dogmático se conducirá.

FUNDACION "JUAN MARCH": BECAS DE ESTUDIO Y AYUDAS A LA INVESTIGACION

Hasta el día 31 de enero de 1971 está abierto el plazo de solicitud de las becas de estudios en España, convocadas por la Fundación "Juan March", en desarrollo de su vasta labor de fomento de la cultura española. Se ha aumentado a 19 el número de grupos en que se articulan las variadas manifestaciones científicas, literarias y artísticas estimuladas por medio de dichas becas, lo cual mejora la clasificación de los proyectos de trabajo en su respectivo marco. Ha crecido la dotación de las becas, y se ha promovido una amplia modificación de modo que se constituyen tres variedades de ellas: la primera, ampliación de estudios y destinada a graduados, consiste en un auxilio de 150.000 pesetas; la segunda, para fomentar el aprendizaje de nuevas técnicas de trabajo científico en Centros concretos, con una asignación de 15.000 pesetas mensuales por mientras dure la actividad correspondiente, con el plazo máximo de un año; y la tercera, de la misma cuantía, para una investigación concreta o a un proyecto de tarea artística que emprendan profesionales de probada vocación.

— También se han convocado ocho ayudas a la investigación, destinadas a apoyar los trabajos de relevantes personalidades científicas españolas que deseen emprender un trabajo de alto nivel, rigor y trascendencia. Cada una de estas ayudas está dotada con 600.000 pesetas y puede llegar a ampliarse hasta un millón si el solicitante demuestra la necesidad de contar con un equipo auxiliar adecuado a tal demanda. Estas ayudas se dirigen en 1970-71 a los grupos de estudios técnicos e industriales (dos plazas; ciencias químicas; ciencias biológicas; ciencias médicas, farmacia y veterinaria; ciencias jurídicas; ciencias sociales, y literatura y filosofía.

Las solicitudes deberán ser presentadas antes del día 31 de enero de 1971 en la sede de la Fundación (Núñez de Balboa, 70, Madrid).